

vengar la muerte de éste, vino con ejército á Italia y arrojó del reino á Juana y á su marido.

XXXI. Sucedió por entonces en Roma una cosa memorable. Un tal Nicolás de Lorenzo, notario en el barrio de Campidoglio, expulsó á los senadores de Roma, y, con título de tribuno, se hizo jefe de la República romana, restableciendo la antigua forma de gobierno con tanta fama de justicia y de virtud, que no sólo las ciudades cercanas, sino toda Italia, le envió embajadores. Las antiguas provincias, al ver este renacimiento en Roma, levantaron la cabeza, y unas por miedo y otras por esperanza le tributaban honores.

Pero Nicolás, á pesar de su fama, desde el principio se desaminó, porque, agobiado por un peso superior á sus fuerzas, sin que nadie le echara, se fué secretamente, yendo á buscar á Carlos, rey de Bohemia que, por orden del Papa y en desprecio de Luis de Baviera, había sido elegido Emperador.

Carlos, para mostrar su agradecimiento al Pontífice, le envió preso á Nicolás.

Al poco tiempo, é imitando á Nicolás, un tal Francisco Baroncelli se hizo tribuno de Roma y expulsó á los senadores; pero el Papa, para reprimir pronto aquella turbulencia, sacó de la prisión á Nicolás y le envió á Roma, devolviéndole el cargo de tribuno. Recobró, en efecto, la autoridad, é hizo morir á Francisco; pero llegó á ser enemigo de los Colonnas y poco tiempo después fué muerto, recobrando su autoridad los senadores.

XXXII. En este tiempo el rey de Hungría, después de expulsar á la reina Juana, volvió á su reino; pero el Papa, que prefería la dominación de la Reina á la

de aquel Rey en Estado limítrofe al pontificio, arregló las cosas de suerte que el de Hungría consintió en restituirle el reino, con tal que su marido Luis se contentase con el título de príncipe de Tarento, no llamándose Rey.

Llegó el año 1350, y el Papa publicó un decreto reduciendo á cincuenta años el jubileo que Bonifacio VIII instituyó para cada cien años. Agradecidos á este beneficio, permitieron los romanos que enviase á Roma cuatro cardenales encargados de reformar el gobierno de la ciudad y nombrar los senadores conforme á su voluntad.

El Papa, además, concedió á Luis de Tarento el título de rey de Nápoles, y en recompensa de este favor, la reina Juana dió Avignón, que era de su patrimonio, á la Iglesia.

Murió por entonces Luchino Visconti, quedando por único señor de Milán Juan, arzobispo de esta ciudad, quien hizo muchas guerras á Toscana y á sus vecinos, llegando á ser poderosísimo. Le sucedieron á su muerte sus sobrinos Bernabé y Galeazzo; pero poco después murió Galeazzo, heredándole su hijo Juan Galeazzo, con quien dividió Bernabé aquel Estado.

Era en este tiempo emperador Carlos, rey de Bohemia, y pontífice Inocencio VI, que mandó á Italia al cardenal español Egidio (1), quien con su virtud y valor, no sólo en la Romaña y en Roma, sino en toda Italia, restableció la influencia de la Iglesia. Recuperó á Bolonia, que la había ocupado el arzobispo de Milán; obligó á los romanos á aceptar un senador extranjero, que anual-

(1) D. Gil de Albornoz.

mente debería enviar el Papa; hizo honrosa concordia con los Visconti y derrotó y prendió á Juan Hawkwood, inglés que, con cuatro mil ingleses, militaba en Toscana en ayuda de los gibelinos.

Al saber tantas victorias Urbano V, que sucedió en el pontificado á Inocencio VI, determinó visitar Italia y Roma, donde también vino el emperador Carlos, volviendo á los pocos meses Carlos á su reino y el Papa á Avignon.

A la muerte de Urbano fué elegido papa Gregorio XI y, por haber muerto ya el cardenal Egidio, cayó de nuevo Italia en sus antiguas discordias, causadas entonces por los pueblos que se coligaron contra los Visconti. El Papa envió primero un Legado con seis mil bretones, y después vino él en persona, restableciendo la corte pontificia en Roma en 1376. Estuvo en Francia setenta y un años.

Muerto este Pontífice fué elegido Urbano VI, y al poco tiempo, reunidos en Fondi diez cardenales que decían no haber sido legitima la elección de Urbano, eligieron ellos á Clemente VII.

Entonces los genoveses, que hacia tiempo vivían sometidos á los Visconti, se rebelaron, y entre ellos y los venecianos, por la posesión de la isla de Tenedos, hubo guerras importantísimas que dividieron á toda Italia; en cuyas guerras se vió por primera vez la artillería, nueva arma inventada por los tudescos. Aunque los genoveses, victoriosos durante algún tiempo, tuvieron sitiada á Venecia algunos meses, al final de la guerra quedaron superiores los venecianos y, por mediación del Pontífice, hicieron la paz en el año de 1381.

XXXIII. Había ocurrido, según hemos dicho, un

cisma en la Iglesia. La reina Juana favoreció al Papa cismático, por lo cual Urbano VI indujo á Carlos de Durazzo, descendiente de los reyes de Nápoles, á hacerle la guerra. Carlos le quitó el reino, posesionándose de él, y Juana huyó á Francia. El rey de Francia, indignado, mandó á Italia á Luis de Anjou para restablecer en el trono á Juana, expulsar al papa Urbano de Roma y establecer allí la autoridad del antipapa. Pero en el curso de esta empresa murió Luis y, derrotado su ejército, volvió á Francia. Entretanto el Papa fué á Nápoles, donde prendió á nueve cardenales por pertenecer al partido de Francia y del antipapa. Después se enfadó con el Rey porque no quiso hacer á un sobrino suyo príncipe de Capua y, fingiendo dar poca importancia á la negativa, pidióle la ciudad de Nocera para habitar en ella, donde se fortificó, disponiéndose á privar al Rey del reino. A causa de esto, el Rey se dirigió á sitiar á Nocera, y el Papa huyó á Génova, donde hizo morir á los cardenales que tenía prisioneros. De allí fué á Roma y para afirmar su autoridad creó veintinueve cardenales.

Carlos, rey de Nápoles, fué á Hungría, donde llegó á ser rey, muriendo al poco tiempo. En Nápoles dejó á su esposa con Ladislao y Juana sus hijos.

Por entonces también Juan Galeazzo Visconti había muerto á su tío Bernabé, apoderándose de todo el estado de Milán. Y no bastando á su ambición ser duque de toda la Lombardia, quería, además, ocupar la Toscana; pero cuando esperaba dominarla y después coronarse rey de Italia, murió.

A Urbano VI sucedió Bonifacio IX.

Murió en Avignon el antipapa Clemente VII y le sucedió Benedicto XIII.

XXXIV. Había en aquel tiempo en Italia muchos soldados ingleses, tudescos y bretones, traídos en parte por los príncipes que en diversas épocas vinieron á Italia y en parte enviados por los Papas, cuando residían en Avignon. De estos soldados se valían para sus guerras todos los príncipes italianos, hasta que apareció el romañolo Luis de Cento, que organizó una compañía de soldados italianos titulada de San Jorge, cuyo valor y disciplina hizo que la fama de los extranjeros pasara á los de Italia, de quienes en adelante se valieron los príncipes italianos en sus guerras.

El Papa, por discordias con los romanos, se fué á Scesi, donde estuvo hasta que llegó el jubileo de 1400, en cuya época los romanos, para que volviese á Roma, por utilidad de aquella ciudad, aceptaron de nuevo un senador forastero, enviado por él, y le permitieron fortificar el castillo de Sant'Angelo. Volvió con estas condiciones, y para hacer más rica á la Iglesia ordenó que, en las vacantes de cada beneficio, la Cámara apostólica percibiría una anualidad de las rentas.

Á la muerte de Juan Galeazzo, duque de Milán, aunque dejó dos hijos, Juan María Angel y Felipe, los milaneses se dividieron en muchos partidos, y en las perturbaciones ocurridas, Juan María fué muerto. Felipe, preso durante algún tiempo en el castillo de Pavía, por la fidelidad y valor del castellano, se salvó.

Entre los que se apoderaron de las plazas poseídas por el padre, fué uno Guillermo de la Scala, que, desterrado, vivía con Francisco de Carrara, señor de Padua, con cuyo auxilio recobró el Estado de Verona, donde estuvo poco tiempo, porque Francisco le hizo envenenar y le quitó la ciudad.

Á causa de esto, los vicentinos, que bajo la dominación de los Visconti vivieron seguros, temiendo el engrandecimiento del señor de Padua, se entregaron á los venecianos, quienes le declararon la guerra, quitándole primero Verona y después Padua.

XXXV. Murió el papa Bonifacio, y fué elegido Inocencio VII, á quien suplicó el pueblo romano que le devolviese las fortalezas y su libertad. El Papa no accedió á la súplica, y el pueblo llamó en su auxilio al rey Ladislao de Nápoles; pero pusieron de acuerdo el Rey y el Papa y éste, que por temor al pueblo romano se había refugiado en Viterbo, donde hizo á su sobrino Luis conde de la Marca, volvió á Roma.

Murió al poco tiempo, y fué elegido Gregorio XII, con condición de renunciar al pontificado, si en alguna ocasión el antipapa renunciase.

Cediendo á las instancias de los cardenales, que deseaban acabar con el cisma, el antipapa Benedicto vino á Porto Venere, y Gregorio á Luca, tratando largamente el arreglo, pero sin llegar á ningún resultado, de suerte que los cardenales de uno y otro Papa les abandonaron. Benedicto se fué á España y Gregorio á Rimini.

Los cardenales, por su parte, con el apoyo de Baltasar Cossa, cardenal y legado de Bolonia, ordenaron un concilio en Pisa, eligiendo en él papa á Alejandro V, que inmediatamente excomulgó al rey Ladislao, dió la investidura del reino de Nápoles á Luis de Anjou, y de concierto con los florentinos, genoveses y venecianos y con el legado Baltasar Cossa, atacó á Ladislao y le quitó á Roma.

En lo más empeñado de esta guerra murió Alejandro, y fué elegido papa Baltasar Cossa, que tomó por nombre

Juan XXIII. Partió éste de Bolonia, donde se verificó la elección y fué á Roma, encontrando allí á Luis de Anjou, que había venido con el ejército de Provenza. Atacó éste y derrotó á Ladislao; pero por falta de guías no pudo proseguir la victoria; de suerte que al poco tiempo el Rey recuperó la fuerza y tomó de nuevo á Roma, huyendo el Papa á Bolonia y Luis de Anjou á Provenza.

Pensando el Papa en el modo de disminuir el poder de Ladislao, procuró que Segismundo, rey de Hungría, fuese elegido Emperador, y le indujo á venir á Italia, teniendo con él una entrevista en Mantua, y conviniendo en reunir un Concilio general que terminara el cisma, pues, unida la Iglesia, podía contrarrestar fácilmente la fuerza de sus enemigos.

XXXVI. Había entonces tres papas, Gregorio, Benedicto y Juan, quienes tenían á la Iglesia sin fuerza ni crédito. Eligióse para lugar del concilio Constanza, ciudad de Alemania, contra el deseo del papa Juan, y aunque, por la muerte del rey Ladislao, hubiese desaparecido la causa que movió al Papa á convocar el Concilio, no pudo, sin embargo, negarse á asistir á él, por estar á ello obligado. Llegó á Constanza, á los pocos meses de empezar el Concilio y, conociendo tarde su error, intentó fugarse, por lo cual fué preso y obligado á renunciar el pontificado. También renunció, por medio de un representante que envió al Concilio, el antipapa Gregorio y, no queriendo renunciar el otro antipapa, Benedicto, fué condenado por hereje. Abandonáronle al fin sus cardenales y también tuvo que renunciar. El Concilio eligió papa á Oddo de Colonna, llamado después Martin V, quedando unida la Iglesia, después de cuarenta años de cisma.

XXXVII. Encontrábase entonces, como dijimos, Felipe Visconti en el castillo de Pavia; pero murió Fazino Cane que, en las guerras de Lombardía, se había apoderado de Vercelli, Alejandria, Novara y Tortona, acumulando vastas riquezas. No tuvo hijos y dejó heredera de sus Estados á su mujer Beatriz, ordenando que sus amigos arreglaran las cosas de modo que se casase con Felipe. Este matrimonio hizo á Felipe tan poderoso, que reconquistó á Milán y toda la Lombardia. Después, en agradecimiento á los grandes beneficios recibidos, como acostumbra á agradecer los principes, acusó á su mujer Beatriz de adulterio y la hizo morir. Llegando á ser poderosísimo, comenzó á pensar en la guerra contra Toscana, para continuar los propósitos de su padre, Juan Galeazzo.

XXXVIII. Al morir el rey de Nápoles, Ladislao, dejó á su hermana Juana, además del reino, un gran ejército, mandado por los mejores capitanes de Italia, distinguiéndose entre ellos Sforza de Cotignuola, reputado por valeroso, conforme al modo de combatir de entonces.

La Reina, para evitar sospechas infamantes por su afecto á un tal Pandolfello, que había educado, se casó con Jacobo, conde de la Marche, francés de regia estirpe, con condición de que se contentase con ser llamado principe de Tarento, reservándose su esposa el título real y el gobierno del reino. Pero apenas llegó á Nápoles, los soldados le aclamaron rey, naciendo, por esta causa, grandes discordias entre marido y mujer y luchas con vario éxito, hasta que la Reina quedó dueña del Estado. Hizose después enemiga del Papa, y Sforza, para obligarla á implorar su auxilio, renunció á servirla,

cuando ella menos lo esperaba. Esta renuncia la dejó desarmada y, no teniendo otro remedio, pidió ayuda á Alfonso, rey de Aragón y de Sicilia, y le adoptó por hijo. Tomó además á sueldo á Braccio de Montone, capitán tan famoso como Sforza, y enemigo del Papa, por haberle quitado á Perugia y otras ciudades de la Iglesia.

Hicieron la paz al poco tiempo el Pontífice y la Reina; pero el rey Alfonso, sospechando que ésta le tratara como había tratado á su marido, procuraba cautamente apoderarse de las fortalezas. La Reina, que era astuta, previno su intento y se fortificó en el castillo de Nápoles. Crecieron entre ambos las sospechas; llegaron á la guerra, y la Reina, con ayuda de Sforza, que había vuelto á su servicio, venció á Alfonso y le echó de Nápoles, anulando la adopción y adoptando á Luis de Anjou, lo que produjo nueva guerra entre Braccio, que había seguido el partido de Alfonso, y Sforza, que favorecía á la Reina.

En el curso de esta guerra, al pasar Sforza el río de Pescara, se ahogó, quedando de nuevo la Reina sin ejército, y hubiera sido expulsada del reino de no ayudarla Felipe Visconti, duque de Milán, quien obligó á Alfonso á volver á Aragón.

No intimidado Braccio porque le abandonara Alfonso, continuó la guerra contra la Reina y sitió á Aquila. Pero el Papa, que no juzgaba conveniente á la Iglesia el engrandecimiento de Braccio, tomó á sueldo á Francisco, hijo de Sforza, quien fué á encontrar á Braccio en Aquila, le derrotó y mató.

Dejó Braccio un hijo llamado Odón, á quien el Papa quitó el Estado de Perugia, dejándole el de Montone; pero fué muerto poco después combatiendo en la Roma-

ña por los florentinos, y de los compañeros de armas de Braccio el más célebre que quedó fué Nicolás Piccinino.

XXXIX. Llegamos con esta narración hasta la época que indiqué, pues lo más importante que resta por reseñar es la guerra que tuvieron florentinos y venecianos con Felipe, duque de Milán, de la que detalladamente hablaremos al tratar de la historia de Florencia.

No seguiré, pues, adelante; me limitaré á recordar brevemente cuál era en esta época el estado político y militar de Italia.

De los Estados principales, la reina Juana poseía á Nápoles. La Marca, el Patrimonio eclesiástico y la Romagna, en parte obedecían á la Iglesia y en parte los gobernaban vicarios ó tiranos, como Ferrara, Módena y Regio, sometidos á la casa de Este; Faenza á los Manfredi; Imola á los Alidosi; Forlì á los Ordelaffi; Rímmini y Pésaro á los Malatesti, y Camerino á los Varano.

De la Lombardia, parte obedecía al duque Felipe y parte á los venecianos; pues cuantos tenían Estados particulares en aquella comarca habían muerto, á excepción de la casa de Gonzaga, que dominaba en Mantua.

Los florentinos eran dueños de la mayor parte de Toscana, viviendo sólo con gobierno propio Luca y Siena; Luca dominada por los Guinigi, y Siena libre.

Los genoveses, unas veces libres y otras sujetos al reino de Francia ó á los Visconti, no gozaban de consideración, y se les ponía al nivel de los principados más débiles.

Los principales de estos Estados no tenían ejércitos propios. El duque Felipe, encerrado en su palacio y no dejándose ver, dirigía las guerras por medió de sus capitanes. Los venecianos, al querer extender su dominación

por la tierra firme, llevaron á ella el ejército que tanta gloria les había dado en el mar y, siguiendo el ejemplo de los otros italianos, ponían sus tropas bajo dirección ajena. El Papa, por no acomodarse el mando de la milicia á su carácter religioso, y la reina Juana de Nápoles, por ser mujer, hacían por necesidad lo que los otros, con mal acierto, habían hecho.

Á la misma necesidad obedecían los florentinos porque destruida la nobleza á causa de sus continuas divisiones, y estando dicha República en manos de hombres educados en el comercio, seguían la fortuna y la voluntad de los otros.

Estaban, pues, las fuerzas militares de Italia en manos ó de los príncipes de menos poder ó de personas particulares; porque los jefes de los pequeños principados, no por adquirir gloria, sino por vivir más ricos ó más seguros, se dedicaban á las armas, y los particulares que ejercían desde la infancia el oficio de soldado y no sabían otro, procuraban con aquél buscar honra y provecho. Entre éstos eran entonces los más famosos Carmignola, Francisco Sforza, Nicolás Piccinino, discípulo de Braccio; Angel de la Pégola, Lorenzo y Miguel Attenduli, el Tartaglia, Giacopaccio, Ceccolino de Perusa, Nicolás de Tolentino, Guido Torello, Antonio dal Ponte ad Era y algunos otros semejantes. Añadíanse á éstos los señores que antes indicamos y los barones romanos, Orsini y Colonna, con otros potentados y nobles del reino de Nápoles y de Lombardia.

Dedicados todos ellos, al ejercicio de las armas, habían hecho una especie de liga y convenio para convertir su profesión en arte de prolongar las guerras de tal suerte, que tan perjudiciales resultaban á los vencidos

como á los vencedores. Redujeron al fin la profesión militar á tanta vileza, que cualquier capitán de mediana capacidad, con sólo poseer un destello de la antigua virtud militar, les habría hecho perder su fama, con grande admiración de toda Italia que, por su poca prudencia, les honraba.

De estos príncipes ociosos y de estos ejércitos envilecidos hablaré con frecuencia en esta historia; pero necesito, antes de llegar á ello, referir, según prometí al principio, el origen de Florencia, y hacer comprender á todos ampliamente cuál era en estos tiempos el estado de dicha ciudad y por cuáles causas, en medio de tantas perturbaciones como sufrió Italia durante mil años, llegó á ser lo que es ahora.